

a las escenas de los hombres, no como espectador estúpido, sino con su intervención reguladora que ordena y mide las cosas en su materia y en sus límites. Pero no. No se pueden encontrar. Las sendas, aunque paralelas, una es para ir y otra para volver, sin encuentros y sin altos.

La caducidad del año llama a las conciencias de la vida fácil, intimidándolas a que reflexionen en hondo recogimiento y hagan su balance, en relación con las manifestaciones de su existencia. A los que han recibido al cuarenta y siete, con el simbolismo pagano de doce uvas, ingeridas al compás de un diapason metálico, a los que, con su optimismo importuno y carnavalesco, saludan la silueta del gigantesco interrogante, recorrida en el horizonte del porvenir inseguro, los invitamos a que consideren con algo de más seriedad lo que ocurre dentro de ellos y no desoigan los gritos universales de la responsabilidad de sus propios actos. ¿Es que a esos dilectantes, despreocupados, desenvueltos y superficiales no les han rozado las alas de la decepción, desilusión e inquietud desconcertante del «1946»? Lo ponemos en duda. La Providencia es en ese punto inagotable. Cada hora nos reporta un desencato y presenta un abismo en nuestro camino, sin que por esto le sea imputable la menor arbitrariedad. Dios no puede ser más que todo justicia. Pero nosotros nos revelamos contra esta justicia y nos resistimos a admitir que estas lecciones sean pruebas de predilección paternal. No comprendemos, en el terribilismo de nuestra endiosada soberbia, que hay avisos de Dios y que el infortunio de esta desgraciada humanidad, no es más que un manatíal «in exhausto» de viva fe. A los encastillados en el reducto de sus opulencias, a los embriagados por el éxito, a los voluptuosos de la gloria terrenal, a los insaciables en las satisfacciones carnales, a los fugitivos ante la presencia del yugo moral, a todos los que comercian y especulan con la ignorancia o la debilidad de los prójimos, los emplazados a que prueben ante el mundo que no fueron factores decisivos en la mundial calamidad y acumulación de escombros en esta tierra que soporta, con ejemplar paciencia, el cuerpo de los mortales. Evidente es, a los ojos de los más ciegos, que cada uno de nosotros aportamos una desdichada cooperación al espantoso edificio de la apostasía universal. Si en 1947 no nos proponemos curarnos de esa carroña, dejando atrás, si es necesario, a los espíritus groseros, pusilánimes y débiles, en el año incipiente se redoblarán las miserias y nuestra existencia luctuosa y deleznable, correrá por los cauces que la conduce nuestro corazón duro e impenitente. Es mejor que no miremos atrás. Además, si lo hiciéramos, sería inútil. El progreso sólo lo ha conseguido el mal. El triunfo de los imbéciles, las glorias de los farsantes, el honor de los perjuros, la felicidad del flojo, el tonto y el ingénuo.

La sacudida y alteración de este mundo, hemos de enfocarla los católicos, como llamadas del Señor a nuestra fe tibia, enferma y a punto de naufragio. Hemos de rectificar nuestras líneas y de procurar, a la vista del Año Nuevo, que el lapso transcurra, dejando algo más que un recuerdo meramente numeral en la conciencia. Si esto no aconteciera así, seríamos indignos de llamarnos racionales. En el Año Nuevo, vida mejor. Esto es, vida también nueva. Porque si no es vida nueva, ¿Cómo podrá ser el Año Nuevo? Si el año no es mejor, arguye realmente poca novedad.

Pongamos atención a los inenarrables clamores de la Iglesia que nos advierte: *Renunciad a la impiedad y a los placeres mundanos, y vivamos sobria, justa y piadosamente.* Terminemos de una vez con el desequilibrio contemporáneo y con el romo materialismo de lo temporal. Abominemos de la parte que nos haya correspondido en los males pasados. Si Dios nos concede un año de vida, sea para vivirla en su servicio, con fe, esperanza, dignidad y decoro.

Y al viejo del zurrón grisiento que, con marchamo negro, combina y muestra, en la sucia lona, la cifra 1946, supliquémosle rompa la Memoria de los hombres, rogándole que, por esta vez, ante Dios el buen viejo no nos delate...

**Fr. Bernardo Martínez Grande.**

**O. C.**